

“EL CAPITALISMO COMO CRISIS”

Índice

Editorial.....	2
El capitalismo es un monoteísmo. Prolegómenos para una crítica teológica de la economía contemporánea. Rodrigo Karmy B.....	3
Notas para la reinterpretación de la economía. Nicolás Chadud D.....	7
Ni avaricia ni codicia: ¡Ganancia!. Carlos Riquelme.	11
El Mundo Árabe en el capitalismo: la afinidad de las teologías. Mauricio Amar D.....	20

Editorial

Quizás uno de los mayores logros del capitalismo, en sus diferentes variantes, ha sido presentarse ante el sentido común como un fenómeno natural, incuestionable, enclavado en los orígenes de la naturaleza humana. En otras palabras, el capitalismo ha devenido en una verdad incuestionable e intransformable. Este proceso de constitución de verdad y por tanto de hegemonía, trajo, de manera intrínseca, la creciente división del trabajo y la especialización cada vez más aguda, lo que dio como resultado que sólo un grupo determinado de la sociedad pudiera acceder al conocimiento, un conocimiento validado también como una verdad por los propios mecanismos de legitimación del sistema capitalista. La Economía, por tanto, fue la ‘disciplina’ que se arrogó el derecho de decidir que es lo válido y lo excluido dentro del saber político-económico, mientras las otras disciplinas ‘sociales’, también derivadas de la subdivisión del trabajo, se han conformado con los espacios que aparecen sólo determinados por los procesos económicos, la realidad social que deriva de las decisiones económicas globales y locales.

Si saber es poder, la economía realmente se ha transformado en una disciplina poderosa, que ha logrado desentenderse de manera eficiente de aquellas cosas inexplicables como la miseria en la que vive la mitad de la población mundial y la inseguridad permanente que afecta la vida de los sectores ‘medios’ cuya reproducción material de la vida no se encuentra jamás asegurada.

El Mundo Árabe e islámico no ha estado ajeno a esta realidad, como cualquier otro lugar del mundo, al tiempo que su realidad cultural y material han determinado ciertas especificidades tanto en la adopción paulatina del liberalismo económico impuesto por las potencias, fundamentalmente Estados Unidos, como por las formas particulares de resistencia frente al avance capitalista.

Existen ámbitos simbólicos del avance del capitalismo como la fetichización del dinero que abarca la existencia de manera extensiva (territorialmente) e intensiva (afectando la vida completa de las personas). Pero también existe un ámbito material, acaso más determinante, que se verifica en el control de los cuerpos (los inmigrantes económicos son sólo un ejemplo) y el desarrollo de técnicas administrativas que consideran al conjunto de personas como poblaciones controlables. En este sentido, los procesos identitarios complejos que ha vivido el Mundo Árabe e islámico plantean múltiples formas de resistencia, que se debaten, planteándolo en términos reduccionistas, entre la globalización y el rescate de los elementos culturales que estas identidades entienden como propios.

En este número de Hoja de Ruta, presentamos a ustedes una serie de reflexiones sobre la economía en general y su relación con la realidad del Mundo Árabe. El tema no es antojadizo. La actual crisis financiera internacional parece que durará varios años y los análisis respecto a las repercusiones locales y globales son fundamentales para la comprensión de nuestras realidades. Frente al poder de la economía que ha subsumido a la política en su interior, queremos reivindicar aquí la relevancia de invertir aquella relación, ubicando en primer lugar a los humanos, las y los ciudadanos del mundo, desde donde deben, en este momento tan crucial, emanar alternativas, formas de resistencia y de cambio, aprovechando, por cierto, la debilidad actual del capitalismo como verdad irrefutable.

El capitalismo es un monoteísmo.

Prolegómenos para una crítica teológica de la economía contemporánea

Por Rodrigo Karmy B. *

“(…) la crítica a la religión es la premisa de toda crítica.”

Karl Marx

1.- En la conocida sección “El fetichismo de la mercancía y su secreto” contenida en el primer tomo de “El Capital”, Marx afirma lo siguiente: *“Para una sociedad de productores de mercancías, cuyo régimen social de producción consiste en comportarse respecto a sus productos como **mercancías**, es decir como **valores**, y en relacionar sus trabajos privados, revestidos de esta forma **material**, como modalidades del **mismo trabajo humano**, la **forma de religión** mas adecuada es, indudablemente, el **cristianismo**, con su culto al hombre abstracto, sobre todo en su modalidad burguesa, bajo la forma de **protestantismo**, **deísmo**, etc.”*¹ La consideración que Marx hace de la “forma religión” no sólo cuestiona el prejuicio “sociologista”, según el cual, Marx habría restringido todo su análisis al movimiento de la economía y Weber habría comprendido perfectamente el lugar de la “ética social” en el despliegue del capitalismo, sino que además, parece *signar* el propio análisis del capitalismo, reconduciéndolo hacia el campo de la “religión”.

De hecho, en un pasaje anterior, el propio Marx compara el capitalismo y la religión en la forma de una analogía: *“Por eso, si queremos encontrar una analogía a este fenómeno –se refiere al fetichismo de la mercancía- tenemos que remontarnos a las regiones nebulosas del mundo de la religión, donde los productos de la mente humana semejan seres dotados de vida propia, de existencia independiente, y relacionados entre sí y con los hombres.”*² Marx utiliza expresamente la “analogía” que le permite articular el fenómeno del fetichismo de la mercancía con el “mundo de la religión”. Así, pues, cualquiera que lea “El Capital” con afán “cientificista” se sorprenderá de la cantidad de “analogías” que hace Marx entre religión y capitalismo. Estas “analogías” no deben ser tomadas como algo tangencial o como un epifenómeno de la economía. Más bien, la insistencia con que ellas recorren los textos de Marx, quizás exijan un análisis más pormenorizado que puedan sugerir una cierta *signatura teológica del capitalismo*.

2.- Las “analogías” utilizadas por Marx quizás hayan sido escuchadas por las investigaciones de Max Weber cuando vinculó a la “ética protestante” con el “espíritu del capitalismo”. Dicha vinculación se vuelve posible cuando Weber vincula la palabra alemana *Beruf* (profesión) con la traducción luterana del término bíblico *klesis* (“llamada” o “vocación”) que funciona como la signatura que reenvía el análisis del capitalismo hacia la ética protestante: *“Pues bien, es indiscutible que en la palabra alemana **Beruf** (...) resuena, entre otras, una noción religiosa, la de una tarea puesta por Dios (...)”*³ A continuación, Weber *signa* su propio texto con una extensa cita en

¹ Karl Marx *El Capital. Contribución a la crítica de la Economía Política* México- D. F. Ed. Fondo de Cultura Económica, 1946, pp. 43-44.

² Idem p. 38.

³ Max Weber *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* Madrid, Ed Istmo, 1998, p. 133.

la cual expone la deriva bíblica de la palabra *Beruf*, mostrando que su proveniencia se encuentra en la traducción alemana que hace Lutero de la palabra griega *klesis* utilizada en las epístolas de Pablo. *Klesis* designa en Pablo, la llamada soteriológica (salvífica), la vocación con la cual el hombre ingresa a la vida eterna. Y, según Weber, la *klesis* paulina es traducida por el término moderno *Beruf* que va a dar origen al propio “espíritu capitalista”.

A esta luz, habría que leer paralelamente “La ética protestante y el espíritu del capitalismo” con un pasaje de su poco conocido “Ensayos de una Sociología de la Religión” donde Weber se refiere a cómo algunas religiones dejaron atrás la huida del mundo y se concentraron en la acción sobre el mundo: “*La acción cotidiana racional elevada a vocación (beruf) se convirtió en acreditación de la salvación.*”⁴ Y esa acción racional que acredita la salvación se habría dado, precisamente, en Occidente a la luz de la traducción luterana de la *klesis* paulina y la consecuente aparición de la sociedad burguesa investida del “espíritu capitalista”. De esta forma, en la perspectiva de Weber, el surgimiento de la racionalidad instrumental con el consecuente “desencantamiento del mundo” parece indicar la *seña teológica en medio de la ética capitalista*.

3.- Hasta aquí hemos indicado cómo tanto en Marx como en Weber la sociedad capitalista aparece *signada* por la teología. Pero ¿a qué nos referimos con esa marca, con esa *signatura*? Retomando los trabajos de Foucault en torno a la arqueología, Agamben propone que *signatura*, no siendo un signo como tal, es algo que marca a un signo⁵. Una marca que reenvía y hace posible la interpretación misma del signo y que, por lo tanto, constituye el dispositivo que permite el paso desde el significante al significado, desde lo semiótico a lo semántico. Por ejemplo, los *lapsus linguae* descubiertos por Freud serían *signaturas*, en la medida que reenvían el análisis de la *psique* al campo de lo inconsciente. Así, las analogías utilizadas por Marx o la referencia a la palabra alemana *beruf* hecha por Weber, pueden ser tratadas como las *signaturas* del capitalismo que, como tales, anuncian la dimensión religiosa que le constituye. Y así como Freud comienza a indagar sobre lo inconsciente a partir de las *signaturas* que son los *lapsus*, Marx comienza a indagar el modo de producción capitalista a la luz de las *signaturas* de la religión y Weber indaga en la ética protestante la *signatura* del propio “espíritu capitalista”. Quizás por ello, ni las “analogías” de Marx para con la religión, ni las referencias a la palabra *beruf* en Weber no son cuestiones tangenciales, sino más bien, constituyen marcas que permiten al investigador dilucidar el *inconsciente teológico-religioso del propio capitalismo*.

4.- La tesis que quisiera plantear aquí es que el capitalismo es parte de la deriva histórica del monoteísmo. Más bien, que el capitalismo constituiría si bien no el “último” o el “fin”, al menos, la forma extrema del monoteísmo expresada en la monovalencia del capital y en las tecnologías de “gestión” sobre las que éste se apoya. La pregunta se puede plantear así: ¿Qué relación existiría entre la “estructura monovalente” y “gubernamental” del capital con aquella del monoteísmo?⁶ Cuando preguntamos por una relación de esta índole, por cierto, no nos referimos a la “causa” que habría producido al capitalismo, sino más bien, a una interrogación radical acerca de nuestra proveniencia que, no siendo un pasado fáctico, se revela como la *signatura* de la cual pende nuestro presente. De ahí que una indagación de esta índole debe tener como premisa que toda investigación arqueológica se presenta como una “ontología de

⁴ Max Weber *Ensayos sobre Sociología de la Religión* Madrid, Ed. Istmo, 1997, p. 353.

⁵ Giorgio Agamben *Signatura Rerum. Sul Metodo* Roma, Ed. Bollati Boringhieri, 2008.

⁶ Jean-Luc Nancy *Deconstrucción del monoteísmo* p. 54.

nuestra actualidad” (Foucault). Por ello, una arqueología del inconsciente teológico del capitalismo no constituye afán erudito alguno, sino más bien, la *premisa para una política de lo por venir*.

Para Jean Luc Nancy el monoteísmo se constituye, desde un principio, a la luz de una paradoja: “*Lo enunció así: el monoteísmo es en realidad el ateísmo.*”⁷ ¿Cómo es que el monoteísmo puede ser considerado como un ateísmo? En la perspectiva de Nancy, el monoteísmo no se caracteriza solamente por reducir la multiplicidad de los dioses a la unidad del único Dios, sino también, por el hecho de que Dios se ha retirado del mundo y ha abandonado a los hombres al mundo. A diferencia del politeísmo, el monoteísmo, no obstante la unicidad de dios lo irriga todo y todo parece estar en conexión con Dios, supone una separación ontológica entre Dios y el mundo. Es lo que los teólogos han denominado *diástasis*, esto es, el abismo que se abre entre Dios y el hombre.

A esta luz, la consistencia del monoteísmo, implica un movimiento paradójico: por un lado, abandona a los hombres en el mundo (que la tradición abrahámica ubica en la forma del desierto) y, por otro instituye dispositivos que hacen posible la subjetivación de los hombres en la unicidad absoluta de Dios: separación y articulación son uno y el mismo movimiento que caracterizaría al monoteísmo. Por esta razón, la separación originaria entre Dios y los hombres es, precisamente, el elemento *ateológico* fundamental que el monoteísmo lleva consigo, respecto del cual, las tres derivas monoteístas, a saber, el judaísmo, el cristianismo y el islam se habrían hecho cargo de formas diferentes. Por eso, el monoteísmo como estructura monovalente de Occidente es, a su vez, su forma propia de ateísmo.

A esta luz, no es extraño que tanto Marx como Weber hayan vinculado –cada uno a su modo- el surgimiento del capitalismo al devenir del cristianismo, precisamente, porque éste se debe, a su vez, al legado monoteísta que le constituye, el cual, signa al capitalismo como una de sus posibles derivas.⁸ En este marco, quizás podemos plantear que el capitalismo es la forma extrema del monoteísmo, del cual, no sólo ha conservado su dimensión paradójica, sino también, la estructura monovalente que se juega en la forma del capital.

2 Apostillas:

1.- Que el discurso económico contemporáneo haya derivado en una suerte de escolástica en la cual sólo los economistas pueden discutir con economistas y, a su vez, los economistas aparezcan como verdaderos profetas llegando a “proyectar” el rumbo del planeta a través de las cifras que deja la providencia de los mercados, no puede ser algo causal. Es posible que haya una razón interna a la configuración de la propia economía que la emparente estrechamente a la teología y que por tanto, sostenga al discurso económico en base a una verdad. Esa razón puede ser la estructura monovalente del capital que lleva hasta el extremo del ateísmo la propia paradoja que, desde el principio, habría constituido al monoteísmo. Esto significa, pues, que la

⁷ Jean-Luc Nancy *Deconstrucción del monoteísmo*. p. 60.

⁸ Habrá que ver, sin embargo, porqué fue la deriva cristiano-capitalista del monoteísmo y no otra la que terminó triunfando como único *nómos* de la tierra. Aquí sólo podemos dar una hipótesis: porque el cristianismo fue, desde el principio, el único monoteísmo que, en virtud de la Encarnación del Hijo, dio una importancia mayor a la *oikonomía*, esto es, al gobierno de los hombres. Esto no querría decir que el judaísmo y el islam carecen del gobierno, sino que si bien éste es esencial al monoteísmo en general (porque, según Nancy, el monoteísmo abandona a los hombres al mundo) sólo la deriva cristiana le dio un énfasis hasta el punto de poner casi en el mismo sitio que el Padre al Hijo. Véase no sólo la declaración calcedoniana sino también el cisma producido en la Iglesia en razón del problema del **Filioque**.

economía política actual, es la forma contemporánea de la teología: los economistas de hoy no son sino los teólogos de ayer. Y la teología ha sobrevivido a la muerte del Dios religioso para quedarse solamente con el Dios del capital.

2.- Es sabido que las suras del Corán son encabezadas por la siguiente frase: “¡En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso!” Es interesante notar que, teológicamente considerada, esta frase sitúa al menos dos atributos a la inmensa trascendencia de Dios, a saber, “compasivo” y “misericordioso”. Darle atributos a Dios hace posible abrir el régimen del discurso porque permite el paso desde la absoluta trascendencia significativa a la más radical inmanencia del significado. Porque dar atributos significa hacer de lo infinito algo finito. Es decir, algo que permita afirmar que Dios no es un mero vacío inefable como lo resolvió la teología apofática sino un Dios que no sólo es creador del mundo, sino también, administrador del mismo. Pero la perspectiva musulmana se cuida de no entregar la administración del mundo –que la teología da el nombre de “providencia”- a Dios, sino a sus ángeles y sus profetas. Así, pues, el Islam supone una jerarquía que va desde Dios, pasa por los ángeles y termina en los profetas que revelan el mensaje al mundo de los hombres. Esta jerarquía celestial permite resguardar la absoluta soberanía de Dios y delegar así el gobierno del mundo a los ángeles y de éstos a los profetas. Así, el Islam fue desde el principio una estrategia orientada al gobierno del mundo diferente de aquella desplegada por el cristianismo. Y la diferencia teológica radica en el rechazo del islam al dogma de la encarnación.

Es evidente que las consecuencias de esta diferencia no las podemos medir aquí. Sin embargo, sí podemos decir que el monoteísmo nunca fue algo estático, sino que se constituyó en la forma de una deriva histórica expresada en el judaísmo, el cristianismo, en el islam y, porqué no, en el actual capitalismo que, vía el cristianismo, lleva a consumación el elemento “ateológico” inaugurado por el monoteísmo.

*Rodrigo Karmy B. es Magíster en Filosofía Política, Universidad de Chile
Doctor (c) en Filosofía, Universidad de Chile.

Notas para la reinterpretación de la economía

Nicolás Chadud*

El presente escrito se refiere a la necesidad de redimensionar el estudio y la reflexión en torno a la economía. Pero no por medio de una perspectiva estrictamente economicista, opción que se encuentra bastante agotada y desacreditada para el ciudadano medio. En este sentido sugiero plantear en torno a la economía algunos puntos que podrían cooperar en revitalizar la discusión desde las ciencias sociales.

La discusión adquiere relevancia en un contexto histórico en el cual se sitúa a la economía como una ciencia exacta y, por tanto, como verdad absoluta; objetiva y válida para todas las sociedades humanas. Por esta razón, se requiere hacer un gesto filosófico-político, que al menos ponga en evidencia parte del problema que instala tal fundamentalismo moderno, puesto que a través de su retórica pareciera colonizar al resto de las esferas académicas y societales, impidiendo -a priori- situarse por fuera de la supuesta “razón y verdad lógica”.

Se hace menester advertir que “la verdad científica” sólo tiene sentido en un entramado arqueológico; propio de códigos, símbolos, cifras, nomenclaturas, conceptos y categorías, que se ha dado desde su origen y para sí misma una ciencia. Una especie de marco teórico, que se hace imprescindible para legitimar racionalmente -léase ideológicamente- cualquier tipo de afirmación o negación en torno a un hecho o problema definido como tal. Por tanto, no es posible encontrar una verdad en sí misma, solamente podemos obtener una determinada realidad parcial de acuerdo “al lente” que hemos de utilizar. Esto último es válido para cualquier esfuerzo epistemológico que se (auto) denomine como ciencia.

El problema de las sociedades modernas no se encuentra precisamente en la búsqueda de una verdad científica. En tanto acción humana legítima que pretende encontrar un determinado paradigma o un cierto instrumento –como en este caso la economía-, para producir mayores niveles de bienestar material en una comunidad determinada. Lo mismo se podría decir respecto a la teoría democrática, sería bastante absurdo si, por ejemplo, midiésemos los avances, estancamientos o retrocesos de una sociedad en general en base únicamente a dicha teoría en particular y sus variables respectivas.

Lo problemático estaría dado en concebir a la economía (del capital), la que opera “aquí y ahora”, con mayores o menores niveles de sofisticación y control, como un “hecho natural, espontáneo e inherente al ser humano”, homologándola a ratos a la milenaria actividad del comercio, sin dar cuenta de las mutaciones que introduce el capitalismo mismo, -a pesar de no poseer un eje neurálgico-; como la propiedad privada de los medios de producción, la producción industrial en masa y la consecuente expropiación -del capital- de los bienes producidos socialmente por un sector mayoritario de la población y, más recientemente, la especulación financiera; característica central de las actuales economías de mercado, que confirma la vocación mundial del capital y la superación con creces del capitalismo como un mero modo de producción.

La paradoja del actual discurso hegemónico es que utiliza una verborrea que deja entrever a la economía capitalista y el funcionamiento que ello implica, como “algo dado”, “natural” y casi propio del mundo divino, como si se hubiese forjado desde los inicios de los tiempos, al igual que el Estado policiaco moderno. Lo que en la praxis significa la naturalización de lo social. Es decir, justificar en cualquier contexto y en los diversos poderes (1) de la sociedad, la mantención de las estratificaciones, jerarquías y privilegios, dejando completamente vetada la discusión en torno a ¿cómo se retribuye de manera justa el aporte que cada ciudadano realiza en la comunidad? o sobre la viabilidad de un modelo que apuesta a la conjugación de un sistema democrático en lo político y antidemocrático en lo social y económico.

Bajo esta premisa el actual sistema económico estaría consagrado como un fin en sí mismo, inmutable en el tiempo, que no obedece a la voluntad, interacción o el aprendizaje humano. Adicionalmente, la ideología predominante hace fluir un mensaje optimista (progresista) sobre el rol democratizador de sus instituciones (ONU, FMI, OMC, etc.) para neutralizar las iniciativas de ruptura y así mantener las estructuras básicas de poder dominante. En el cual el Estado Social y/o Interventor es percibido por los “economistas puristas” como anacrónico y fuera de lugar desde el fin de la Guerra Fría.

A modo de ejemplo, la Política Exterior estadounidense posee un discurso normativo y consistente desde la era Reagan ante la Comunidad Internacional, en cuanto a liberar los modelos económicos y los subsidios o cualquier tipo de proteccionismos en las economías domésticas como factor de desarrollo, retórica utilizada también por el actual gobierno. Sin embargo, las principales medidas del equipo económico de Obama apuntan exactamente en un sentido contrario. El Estado se ha propuesto transferir recursos exhaustivos para salvar a la ineficiente industria del automóvil, que podrían ser destinados a la compensación de los millones de africanos, iraquíes o palestinos que víctimas de políticas coloniales apoyadas por Estados Unidos, no poseen acceso al agua potable o lo suficiente para alimentarse tres veces al día. Es decir, el libre comercio se fomenta siempre y cuando no deje de ser inconveniente para los grandes conglomerados e intereses económicos mundiales.

En el caso chileno, a su vez, el empresariado insiste en que el Estado intervenga lo menos posible en la economía, siguiendo las lecturas “cuasi sagradas” de Von Hayek y Milton Friedman. Sin embargo, cuando el dólar disminuye su precio en el mercado local, los grandes exportadores son los primeros en pedir audiencia al Gobierno de turno para que se aplique a la brevedad alguna “medida excepcional”, que revierta el efecto de la relación entre oferta y demanda.

Por su parte, el escandaloso caso de colusión de precios de las grandes cadenas farmacéuticas ha revelado el cuestionable paradigma del laissez faire (2) para asegurar la libre competencia y el consecuente beneficio para los consumidores. Cabe enfatizar que para los profetas economistas el rubro de las farmacias se había convertido en un caso emblemático de prosperidad y competencia perfecta, puesto que si bien se habían reducido a sólo tres empresas, cada una ocupaba un espacio económico similar en el mercado nacional.

Se evidencia, desde luego, que la economía ha superado su legítima pretensión de convertirse en ciencia y, por tanto, en creer que es posible encontrar una “verdad objetiva y técnica”, válida para todos, en cualquier contingencia. Es por esta razón que los economistas se sienten con el “derecho soberano” de decidir sobre qué asunto debe

ser preocupación y prioridad de la ciencia económica o del Estado y cuáles otros temas no deben ingresar en la agenda país.

Así planteada las cosas, el funcionamiento de la economía escaparía a la voluntad de los “seres humanos comunes y corrientes”, lo que da cuenta de una verdadera sacralización de la misma. En este caso, sería inútil como sociedad política, hacernos cargos de la exclusión, desigualdad social o la falta de oportunidades para que las personas puedan desarrollar sus potencialidades en un contexto de libertades plenas.

Comentarios y sugerencias finales.

Se hace menester repolitizar la economía y dejarla perecer como patrimonio de una élite tecnificada. Se le debe dotar de un sentido estratégico para el cambio, pero en una perspectiva instrumental y en ningún caso como una esfera independiente y autorregulada, que le permita a un país, comunidad o sociedad política mejorar sus niveles de bienestar y satisfacción material.

En términos metodológicos la política nos debe señalar la ruta a seguir; para enfrentar los objetivos, conflictos y desafíos de una sociedad y la economía nos debe ayudar a desarrollar el ¿cómo cumplir esos objetivos? Actualmente la dimensión económica inunda todos los campos de saber e incluso al conjunto de las esferas de la sociedad política, pretendiendo responder simultáneamente el ¿qué?, el ¿cómo? Y el ¿cuánto?

Si bien existe un discurso transversal políticamente correcto en contra de los monopolios privados. El primer monopolio que se debería enfrentar argumentalmente, sería el monopolio discursivo que ostentan los economistas, que no han tomado la palabra, se adueñaron de ésta (3). La supuesta experticia técnica sobre el libre comercio ha devenido en un totalitarismo de mercado, que extrañamente encuentra su famoso punto de equilibrio, enseñado con tanto entusiasmo en las aulas universitarias.

Se requiere que la política entregue una cierta “carta de navegación” y no conceda “un piloto automático”, permitiendo pensar la economía, no desde la perspectiva particular de quienes ejercen mayor dominio económico en un país, como pueden ser los grandes capitalistas(inversionistas) –que operan a ratos a través de la especulación financiera-, individuos que prescinden precisamente de las “grandes decisiones económicas” del Gobierno para asegurar su bienestar, debido a que ya poseen la capacidad factual para influir, cooptar o capturar al Estado.

El Estado sigue siendo el actor político y económico soberano por excelencia, puesto que ha hecho posible un modelo histórico-económico relativamente estable y duradero (mas no necesariamente sustentable); ya sea para incentivar formalmente el intercambio comercial entre los países e internamente o para acotar los mercados. Así como también, la que suele ser la alternativa socialdemócrata o socialista, para competir o regular el mercado y asegurar ciertos bienes públicos y servicios sociales, como condición para democratizar a la sociedad y aumentar así los grados de participación económica e inclusión social de la mayoría.

Los soberanos del saber-poder económico insisten en que la crisis actual se debe en buena medida a la falta de control sobre las diversas tecnologías y maniobras del sector financiero especulativo y no a factores estructurales, como el subsidio que aplican las grandes economías mundiales, en desmedro de las exportaciones de los países subdesarrollados y del Tercer Mundo, que operan como verdaderos embargos de las naciones más pobres, ocasionando la muerte de miles de niños diariamente.

Por de pronto, se hace imprescindible reapropiarnos de la discusión coloquial socioeconómica en los espacios públicos y privados; en la calle, hogar, universidades y centros de estudios, como condición para un cambio cultural y de época, que permita una emancipación de mayores efectos, dejando atrás los resabios de una economía colonialista, (des)integrada y absolutamente desigual.

Notas

- (1). Económico, social, político o cultural.
- (2). En español: política de no intervención o “dejar hacer”.
- (3). En este punto se encuentra el desafío principal de las ciencias sociales al respecto.

* Nicolás Chadud D. es Cientista Político, Universidad ARCIS. Diplomado en "Cultura Árabe e Islámica", Centro de Estudios Árabes, Universidad de Chile.

Ni avaricia ni codicia: ¡Ganancia!

Elementos para el análisis de la pandemia económica

Carlos Riquelme *

Tal y como señalan muchos economistas heterodoxos (marxistas, neo-keynesianos de izquierda, etc) hablar de las crisis económicas desde el marxismo, parece ser un acto de fe: Algo así como un *show* de magia, donde el mago (teórico marxista), recitando palabras rituales (tasa de ganancia, composición orgánica del capital, etc), distrae a la audiencia para luego sacar – de la nada – el conejo blanco que desde ya hace largo tiempo caracteriza su actuación (causas de la crisis, perspectivas, soluciones).

En el presente trabajo, trataremos de mostrar (y así, no de demostrar) la razonabilidad y conveniencia del análisis económico marxista; en contraste a las cortinas de humo, espejos y sombreros con doble fondo que se le suelen imputar; tarea que no puede llevarse a cabo sino con dos advertencias previas:

La primera resulta algo obvia: El rescate de las categorías marxistas supone un acto político. Es desde esa perspectiva que partimos, con Mariátegui, confesando nuestra falta de imparcialidad y objetividad. Todos los razonamientos que el lector encontrará en las siguientes páginas están mediados por lo que podríamos llamar *grandilocuientemente* una “pasión militante”. Lo que no quiere decir, claro está, que ellos estén sujetos a arbitrariedad: Esperamos lograr exponer con prudencia y *razonabilidad* conclusiones que permitan ampliar el espectro visual del que lee en lo que a las crisis económicas capitalistas se refiere, y particularmente, en lo que toca a la crisis que nos convoca.

La segunda, por su parte, puede parecer excesiva pero es siempre necesaria: El marxismo no es – y no ha sido – un bloque infranqueable de ideas como en algún momento postularon hombres como Althusser. Desde este punto de vista, las explicaciones que ahora siguen nos refieren a *una* interpretación marxista posible, dentro de un universo multicolor. No es nuestra intención dar por clausurado aquí un debate que ha tenido como exponentes a autores de la talla de Rosa Luxemburgo, Paul Sweezy o Ernest Mandel; sino, todo lo contrario; pretendemos lograr con éste una mera perspectiva de verdaderas batallas ideológicas aún no zanjadas y así dotar de elementos básicos fundamentales para una mirada alternativa de la economía capitalista.

Dicho esto, pues, manos a la obra.

1.- La Ganancia: Fin y fundamento del Capitalismo.

En términos generales, podemos afirmar sin temor a equivocarnos, que la forma de funcionamiento del capitalismo no es un secreto para nadie. Está claro que el gran motor de la maquinaria capitalista funciona a base de ganancias. Junto a ello, podemos afirmar también, que la salud de las empresas – y del sistema capitalista en su conjunto - se mide de acuerdo a sus ganancias y más específicamente, a su rentabilidad.

Para no hablar solo entre marxistas, le daremos la palabra a Don Walter Williams, connotado economista afroamericano conservador. Este, a propósito de las ganancias señala que:

“Puesto sencillamente, las utilidades son un precio, así como los sueldos, las rentas y los intereses son precios. Las utilidades son los precios pagados como reclamaciones

residuales a los empresarios, en su rol de personas que toman el riesgo, que innovan, que toman las decisiones. Así como los trabajadores no proveerán sus servicios sin sueldos, los empresarios no proveerán los suyos sin utilidades”⁹.

¿Entonces, qué ocurre cuando las ganancias andan mal? ¿Qué ocurre si estas disminuyen sostenidamente a lo largo del tiempo? Bueno pues, como puede concluirse de las afirmaciones de Williams, los empresarios dejarán de invertir como lo estaban haciendo.

Pero como somos marxistas, pongámonos dramáticos: ¿Qué ocurriría si el capitalismo funcionara así? ¿Y qué tal si las ganancias en el capitalismo están destinadas a disminuir? Para analizar este y otros problemas nos referiremos a la *fuerza del valor* y *fuerza última de las ganancias*, la plusvalía, para seguir y completar inmediatamente el esquema, con la *tasa de ganancia* y su *tendencia a decrecer*; causa última - para nosotros - de las crisis capitalistas.

2.- La fuente de las ganancias: La plusvalía.

De acuerdo con Marx, existen dos grandes fuentes de las ganancias: La ganancia en la producción y la ganancia en el comercio. La primera, supone la extracción de plusvalía (**P**) y; la segunda, supone su “repartición”, y “circulación”. La “plusvalía”, traducción de la voz alemana *mehrwert*, significa, literalmente, “**más valor**”. Cabe destacar que, para el marxismo, la expresión “valor” tiene dimensiones mucho más profundas de las que a primera vista podrían presentarse¹⁰.

Para poder producir, el empresario tiene que invertir: Así, acude al mercado para comprar medios de producción (máquinas) e insumos (a los que denominaremos capital constante, representado por **C**) y para contratar trabajadores por un salario (a los que denominaremos capital variable, representado por **V**). Todos ellos juegan un papel importante en el modo de producción capitalista, y así en la producción de las mercancías. Sin embargo, resulta que es el de los trabajadores el que resulta ser absolutamente protagónico. Ello, por tres grandes razones:

En primer lugar, podemos ver que las máquinas son también obra de otro obrero y así, en el proceso productivo, no nos encontramos – en principio – más que con trabajo: Trabajo presente y trabajo pasado. En segundo lugar, porque el trabajo de ese otro obrero contenido en los medios de producción se *transfiere* a la nueva mercancía en el proceso productivo; vale decir, no crea nada nuevo. Finalmente, en tercer lugar, porque es en el trabajo donde reside la producción de plusvalía y de donde derivarían las ganancias en general.

Hemos dicho ya que *lo invertido* en el salario del trabajador se denomina capital variable y se representa por (**V**). Éste puede mirarse desde dos puntos de vista: Como expresión monetaria (y decir que son, por ejemplo, \$ 200.000) o bien, como la cantidad de bienes y servicios que el trabajador puede adquirir con él (bienes de primera necesidad, bienes de recreación, etc). En dicho contexto, denominaremos (**L**) a la jornada de trabajo.

⁹ Williams, Walter: El Rol de las utilidades. <http://www.scbbs.com.bo/craigs/Libib/utilidad.html>

¹⁰ De acuerdo con Marx, las mercancías pueden intercambiarse porque son útiles y, así mismo, porque son productos del trabajo humano. Es al trabajo humano contenido en ellas al que se denomina “valor”; siendo la cantidad de aquel el que determina la proporción del intercambio de éstas (valor de cambio). Para un resumen del propio Marx sobre la teoría del valor-trabajo véase su notable conferencia: Salario, precio, ganancia que puede encontrarse on-line en: <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/65-salar.htm>

Para el análisis marxista, lo que ocurre es que el obrero produce *más* de lo que se le paga y, precisamente, como se le paga *menos* de lo que produce es que el capitalista obtiene una ganancia que técnicamente se denomina plusvalía (**P**) o trabajo excedente¹¹. Así, el obrero se “pagará su sueldo” con la producción de unas cuantas horas de la jornada de trabajo. El resto de la producción durante la misma, se la estará “entregando voluntariamente” al empresario. De esta manera, la plusvalía puede graficarse mediante la siguiente fórmula: $P = L - V$ ¹².

Así, para cerrar el punto podemos afirmar que la plusvalía, vale decir, el trabajo excedente creado por los trabajadores es – *en abstracto* – la fuente indirecta de toda ganancia.

3.- Explotación y Tasa de Ganancia.

De acuerdo con numerosas explicaciones marxistas, la batalla por las ganancias se da en dos grandes frentes: El primero, es el productivo; donde desfilan las escuadras de los capitalistas contra las de los trabajadores. La segunda, es el distributivo; donde se enfrentan capitalistas contra capitalistas. Para salir victorioso en la batalla, el capitalista hará todo lo posible. Note el lector que cuando decimos todo lo posible, es **todo lo posible**.

En el primer frente, para engrosar sus ganancias, el capitalista tratará de extraer la mayor cantidad de plusvalía de sus trabajadores. Para medir dicha circunstancia es que Marx propone la *tasa de plusvalía* o de *explotación*, fórmula que relaciona el trabajo excedente o plusvalía (**P**) con el salario pagado o trabajo necesario¹³ (**V**) y se expresa: P / V . Como es lógico, si los capitalistas reducen los salarios (es decir **V**) la proporción entre P/V será mayor – permaneciendo todos los otros factores constantes - y por lo tanto también lo será la explotación. Por otro lado, si se extiende la jornada de trabajo habrá más “trabajo excedente” y por ello más plusvalía, por lo que nos encontraremos nuevamente con más explotación (permaneciendo, también, todos los otros factores constantes)¹⁴. Además de ello - teniendo el aumento de la explotación en la mira - bien podrían aumentar la productividad y lograr el mismo objetivo.

Sin embargo, los capitalistas encuentran reducida su capacidad de maniobra en el frente productivo. No pueden elevar la explotación aquí a su antojo: Ello, debido a las conquistas sociales de los últimos dos siglos materializadas en la fijación de salarios mínimos y límites a la jornada de trabajo. De acuerdo con Shaikh, es precisamente por eso que “la cartita bajo la manga” de los empresarios para elevar la tasa de la explotación es el del aumento de la productividad (lo que se expresa contundentemente

¹¹ Cabe destacar que aunque se le pague al trabajador el *valor justo* de su fuerza de trabajo (considerada como mercancía) de todos modos existirá la explotación. Como toda mercancía, el valor de la fuerza de trabajo se determina por el trabajo socialmente necesario para producirla, que en este caso se identifica con los bienes de subsistencia, recreación, etc; que el obrero puede adquirir mediante su salario. Así, es el rol esencialmente creador del trabajo humano el que pone al descubierto la existencia de la plusvalía.

¹² Las fórmulas que a continuación se exponen se derivan de la *fórmula del valor total de las mercancías* señalada por Marx. Esta se grafica en la suma del capital constante invertido, más el capital variable invertido, más el trabajo excedente producido (plusvalía) quedando así: **Valor Total** = **C** + **V** + **P**. De acuerdo a PAUL SWEZZY, esta fórmula corresponde a la “espinas dorsal analítica” de la teoría económica de Marx. SWEZZY, Paul. Teoría del desarrollo capitalista. Fondo de Cultura Económica. México. P.76.

¹³ Se denomina *trabajo necesario* en tanto es el *trabajo necesario* del obrero para reproducirse a sí mismo.

¹⁴ SHAIKH, Anwar. Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política. Tercer mundo editores. Colombia, 1990. P. 281. Puede encontrarse esta obra en versión digital en la página del profesor <http://homepage.newschool.edu/~AShaikh/>

en la mecanización). Sin embargo, agrega este mismo que (...) “según Marx, lo paradójico del capitalismo es que los propios medios por los cuales aumenta la tasa de explotación tienden a reducir la tasa de ganancia. La creciente productividad del trabajo se manifiesta en una rentabilidad decreciente del capital”¹⁵.

¿Cómo ocurre esto? ¿No era la plusvalía la fuente última de las ganancias? Bueno, si lo es, pero entre plusvalía y ganancias existe una relación más o menos compleja que se expresa mediante la *Tasa de Ganancia*, fórmula que relaciona el total de plusvalía extraída con el total de lo invertido en capital constante y salarios: $P/(C + V)$. Así, esta fórmula se encarga del análisis de la rentabilidad de las inversiones en la producción.

4.- La Tendencia de la Tasa de Ganancia a Decrecer.

Hemos ya analizado el primer frente, el del proceso productivo que tiene a trabajadores y explotadores como fuerzas beligerantes. Sin embargo, dejamos pendiente el segundo, que enfrenta a los capitalistas entre si (el mercado). Éste, viene a completar la definición del capitalismo en tanto hace patente una de sus características insignes: La competencia.

En términos vulgares, si existe algo consustancial al capitalismo es la competencia. No por nada, los “apologistas” del status-quo sueñan con una idílica “*competencia perfecta*” y no por nada también es que se hacen indispensables en el mundo de hoy afrodisíacos multicolores como la publicidad¹⁶. Pero como bien sospechará el lector, la publicidad no agota el asunto. Para poder vender, fuera del verdadero bombardeo publicitario del que son “víctimas” los consumidores, el capitalista debe ser capaz también ofrecer un producto barato. Para ello, pues, el capitalista debe también bajar los costos unitarios de sus productos. En dicho contexto, el medio idóneo para el efecto corresponde al aumento de la productividad situado, principalmente, en el aumento de la mecanización en el proceso del trabajo¹⁷.

Éste se mide, de acuerdo a Marx, mediante las denominadas *composición orgánica* y *composición técnica del capital*. La segunda, relaciona los medios de producción que se han utilizado (como las máquinas de ensamblaje en las fábricas de automóviles) con el tiempo total que los trabajadores han invertido en el proceso productivo. Así, se expresa como C/L . De esta manera, mientras más se invierte en máquinas y menos en trabajadores, la relación de C/L crece. Es necesario insistir e insistir en este punto: Si aumenta esta relación, significa que se está extrayendo menos plusvalía, puesto que el trabajo es lo único que crea algo nuevo en el proceso productivo.

El economista Anwar Shaikh logra sintetizar de una manera particularmente explicativa el problema que venimos tratando. Por ello, es que le daremos la palabra en las siguientes líneas:

“(…) La tasa de ganancia es $P/(C+V)$. Pero $P = L - V$, toda vez que el tiempo de trabajo excedente (P) es igual al tiempo que los trabajadores invierten realmente (L) menos el tiempo necesario para reproducirse a sí mismos (V). Por consiguiente, incluso si los trabajadores vivieran de aire ($V = 0$), el valor máximo que P – la tasa de plusvalía

¹⁵ Ibíd.

¹⁶ Baste un ejemplo con meros fines ilustrativos: En nuestra región se estima que la inversión en publicidad para el año 2007 ascendió, en Brasil ascendió a los US\$ 9300 millones, en México a US\$ 4713 millones, y en Argentina a US\$ 1616 millones. En *La Crisis Internacional pone en jaque la inversión publicitaria*. <http://www.temas.cl/enero/economia/57.html>

¹⁷ La siguiente explicación se basa en las exposiciones de PAUL SWEEZY, ERNEST MANDEL, ANWAR SHAIKH, JACQUES GOUVERNEUR, y de EDUARDO SARTELLI en las obras pertinentemente citadas.

- podría alcanzar sería $P_{\text{máx}}/C = L/C$. En consecuencia, L/C es el techo de la tasa de ganancia, mientras que el piso es, desde luego, cero. Ahora bien, si la creciente composición técnica ciertamente se refleja en una relación creciente C/L – por tanto, en una relación decreciente L/C – entonces la tasa real de ganancia será comprimida progresivamente entre un techo descendente y un piso firme, de modo que tendrá que mostrar una tendencia descendente. Esto es lo que Marx desea señalar cuando define la tendencia de la baja de la tasa de ganancia”¹⁸.

La conclusión anterior es consustancial a las afirmaciones que hemos hecho en las páginas precedentes, y volvemos a insistir: Es el trabajo humano el único factor que en la producción “crea” algo “nuevo”. Así, si la *proporción* de lo invertido en trabajo se va haciendo menor en comparación a lo invertido en maquinarias, es natural que la extracción de plusvalía y así las ganancias disminuyan *proporcionalmente*. Lo anterior no significa que disminuya la *masa de ganancias*; esto es, lo que el empresario recibe al final del proceso productivo. Ello porque la tasa de ganancia es una *relación*, una *proporción*.

Sin embargo, algo curioso ocurre: Existen áreas de la economía que tradicionalmente se han caracterizado por una alta composición orgánica del capital, como por ejemplo, la de la industria del acero. En ellas se invierte más en capital constante que en capital variable: ¿No deberían tener una menor tasa de ganancia si dicha proporción se incrementa?

Lo anterior se explica, de acuerdo a un análisis marxista, porque ramas que suelen tener una mayor composición orgánica del capital (y que, por lo tanto extraen menos plusvalía, conteniendo sus productos *menos valor*, las que denominaremos **RAMA I**) suelen vender sus productos por encima de sus valores mientras que, ramas de la producción con una menor composición orgánica del capital (que denominaremos **RAMA II**), suelen vender los productos *por debajo* ¿Por qué? Solo daremos una de las tantas razones: Porque cualquiera – léase, cualquier capitalista – puede invertir ahí donde la inversión es más barata; pero no cualquiera puede invertir ahí donde esta resulta más onerosa, por no decir, excesiva¹⁹. De esta forma, nos encontraremos con que las empresas de la **RAMA I** tendrán una tasa de ganancia real mayor que la tasa de ganancia que les correspondería en virtud de su composición orgánica, en tanto incorporará la plusvalía extraída de los trabajadores de la **RAMA II**.

El mismo principio se puede encontrar entre productores más mecanizados y menos mecanizados en la competencia dentro de una misma rama. Sin embargo, en dicho caso resulta imprescindible señalar también que si bien la productividad se ha incrementado, el “sacrificio” ha resultado en menos trabajo por más capital no solo para el capitalista individual sino también para la economía en su conjunto. Entonces, si este capitalista “modernizado” logra vender sus productos por encima de su valor a costa de la producción de la de los menos mecanizados, no lo podrá hacer por mucho tiempo. Como la mayoría de las cosas en el capitalismo, la decisión del capitalista no es gratis: Lo que una vez resultó ser su solución ideal termina apuntando hacia el “hundimiento general de la economía”, como bien señala el argentino Eduardo Sartelli, que a reglón seguido indica que: “Como todos los capitalistas hacen lo mismo, la igualación de las condiciones técnicas se produce a la corta o a la larga. Con lo que las transferencias (**de plusvalía, entre una misma rama y entre ramas**) tienden a disminuir, la tasa a

¹⁸ SHAIKH. Op. Cit. P. 283.

¹⁹ Para una explicación notablemente pedagógica del problema véase la obra del argentino Eduardo Sartelli: La Cajita Infeliz. SARTELLI, Eduardo. La Cajita Infeliz. Ediciones RyR. PP. 245 y ss.

igualarse hacia abajo y a descender. Parece existir aquí una contradicción entre las tendencias individuales y las generales: efectivamente es así y la crisis del capitalismo no consiste en otra cosa que en la actualización de esta contradicción”²⁰.

Previo a cerrar el punto es necesario dejar en acta algunas ideas. En primer lugar, el hecho de que la tasa de ganancia *tienda* a decrecer significa que esta descende *a la larga* aún cuando en algunos momentos se recupere *parcialmente*²¹. Fue el mismo Marx quien analizó el rol de “contra – tendencias” que, valga la redundancia, tenderían a morigerar el efecto ya analizado. A una de ellas nos referiremos en el siguiente punto, a propósito del neoliberalismo²². En segundo lugar, existe una pregunta natural: Si la mecanización disminuye las ganancias a la larga, entonces: ¿Por qué los capitalistas no la suspenden en su punto *óptimo*? De acuerdo con Shaikh, está en el corazón de esta pregunta suponer que la mecanización obedece a la *elección* de los empresarios y no a una *necesidad económica*²³. Señala este mismo que “bajo el capitalismo la necesidad de competencia obliga a los capitalistas a escoger la técnica con menor costo unitario, aunque eso implique una tasa de ganancia menor. Quien lo haga primero venderá más que el resto. Entonces, la única “elección” a la que se enfrentarán los demás capitalistas es la de obtener alguna ganancia con menor tasa o no obtener absolutamente ninguna ganancia, porque su producto cuesta demasiado”²⁴. Finalmente y en tercer lugar, se hace imperativo hacer presente también que la caída de la tasa de ganancia no se da en una forma rectilínea, sino por medio de un *movimiento cíclico*²⁵.

Así las cosas, de acuerdo a *una* de las interpretaciones marxistas posibles, la causa última de las crisis capitalistas descansa en la Tendencia de la Tasa de Ganancia a decrecer. En este mismo sentido, cabe señalar, por honor a la honestidad (política y académica), que en este análisis muchos autores marxistas han puesto el acento (entre las causas de la crisis y, así mismo, en los *tipos de crisis*) en la *realización* de la plusvalía (de las mercancías), y no propiamente en la caída de la Tasa de Ganancia. Sin embargo, para el efecto del análisis que sigue a continuación, daremos el debate por superado y trabajaremos bajo el supuesto de que la causa última si reside en la Tasa Decreciente de Ganancia²⁶.

5.- ¿Por qué neoliberalismo? Sus consecuencias como contra - tendencia.

SHAIKH ha mostrado convincentemente (con datos empíricos) que el período 1965-1978 (y dentro del cual se sumerge la “neoliberalización”) estuvo marcado por una fuerte caída de la Tasa de Ganancia en las potencias imperialistas. Así, indica que en

²⁰ *Ibíd.* PP. 251-252.

²¹ El debate aún está abierto en la tradición económica marxista: Existen autores que acusan la existencia de ciclos económicos y ondas de crecimiento o estancamiento. Otros, afirman que más que encontrarnos con ciclos económicos el capitalismo puede mirarse como un capitalismo que envejece (Michael Kidron).

²² Pueden enumerarse entre estas: El abaratamiento de los elementos del capital constante; ii. El aumento de la intensidad de la explotación; iii. La depresión de los salarios más debajo de su valor; iv. La Sobreproducción relativa y; v. El Comercio Exterior

²³ SHAIKH. *Op. Cit.* P. 285.

²⁴ SHAIKH. *Op. Cit.* PP. 285-286.

²⁵ Bien podríamos resumir el esquema del movimiento – siguiendo a MANDEL – como sigue: i. Recuperación económica; ii. Auge y prosperidad; iii. Sobreproducción y depresión y, finalmente; iv. Crisis y depresión. MANDEL, Ernest. *Tratado de Economía Marxista*. Ediciones Era. Tomo II PP. 323-325.

²⁶ Entre los autores marxistas que presentan una opinión contraria desfilan tanto ROSA LUXEMBURGO (en su “Acumulación del Capital”), PAUL SWEEZY (en su “Teoría del Desarrollo Capitalista”) y el contemporáneo JACQUES GOUVERNEUR (“Los fundamentos de la economía capitalista”). Es necesario agregar que ANWAR SHAIKH ha criticado severamente las dos primeras posiciones y, en nuestra opinión, con mucho éxito. Véase la obra ya citada. PP. 251 y ss.

dicho período la Tasa de Ganancia para Japón cayó en un 33%, mientras que para Estados Unidos en un 30% y para Alemania en un 19%²⁷. En este contexto, cabe destacar que consideramos que la tendencia que afectó a las principales potencias imperialistas de la época (y sobretodo, de la hiper potencia) es mostrativa de una situación general de crisis que se expande por el sistema global (en tanto entendemos que el capitalismo es mundial) y que así afectó a Chile y al resto del tercer mundo.

En este hostil contexto nos preguntamos: ¿Qué hizo la burguesía para frenar la caída de la tasa de ganancia esta vez? La respuesta histórica de la clase capitalista fue, para este período, el desarme del denominado “*Estado Productivista*” por Gabriel Salazar²⁸.

Es en este momento cuando cabe echar mano de los instrumentos aportados a la discusión por Rosa Luxemburgo. Si bien, sus formulaciones económicas han sido criticadas desde todos los sectores (el bolchevique Bujarin afirmó sin miedo que todas ellas descansaban en un mero “error lógico”²⁹) no es menos cierto que nos aportan una perspectiva para explicar el neoliberalismo. Luxemburgo suponía que la acumulación capitalista era imposible en un sistema capitalista cerrado, debiendo incorporar cada vez más economías “no capitalistas” a su órbita. Lo que para ella resultaba *la explicación* de la crisis actuará para nosotros como elemento de análisis, encontrándonos así con una relativamente nueva contra – tendencia. Por lo tanto, trasladamos la argumentación, de *economías pre-capitalistas a esferas no capitalistas de acumulación*³⁰.

Vamos a ver. Antes del neoliberalismo teníamos esferas de la economía que estaban absolutamente vedadas a la *acumulación capitalista*. Ello, en tanto no funcionaban con una lógica de *mercado* (no se tenía en miras la ganancia, por ejemplo) sino que bien podrían haber funcionado con una lógica de *eficiencia* (lo que, claramente, no nos consta). Por lo menos, podemos estar de acuerdo en que funcionaban con *alguna idea* de *justicia distributiva*. La salud pública, la educación pública y el sistema previsional en su conjunto se encontraba en esta esfera, la que denominaremos ***Esfera A***.

Por su parte, existía otra esfera de la economía que si estaba sujeta a la acumulación capitalista (funcionaba con la *lógica del mercado*, con la *lógica de la acumulación*) con una importante salvedad: Sobre ellas no cabía la acumulación privada. Hablamos en este punto de las empresas estatales tradicionales y de las empresas privadas que en Chile fueron flamantemente incorporadas (ya por programa, ya por presión de los Trabajadores) al Área Social durante la Unidad Popular. Esta esfera la vamos a denominar ***Esfera B***.

De esta manera, encontramos que en la ***Esfera A***³¹ no existía Tasa de Ganancia alguna, de manera tal que el desarme de la educación y salud públicas, generó una nueva fuente de acumulación capitalista. Así, la *masa de ganancias* se vio ensanchada y dio a luz a un sector hasta el momento no afectado por la tendencia y que por ello partía de cero. He ahí una la actuación de una *nueva* contra-tendencia a nivel global.

Ahora, está claro que en la ***Esfera B*** existía Tasa de Ganancia, en tanto existía también acumulación capitalista. Si bien, su incorporación no sirvió para frenar la caída de la

²⁷ *Ibíd.* P. 398.

²⁸ SALAZAR, Gabriel. Historia de la acumulación capitalista en Chile. Lom Ediciones. Santiago, 2003.

²⁹ TESTA, Víctor. El capital imperialista. Ediciones fichas. 1976. P. 10.

³⁰ Somos deudores en la sistematización de las Esferas a la obra de GOUVERNEUR: “Los fundamentos de la economía capitalista” y de su artículo “Viva el capitalismo”. Ambos pueden encontrarse on-line en <http://www.correntoig.org/spip.php?article160>

³¹ Es necesario señalar que las conclusiones aquí señaladas empalman con el ya viejo problema del trabajo-productivo e improductivo al que, por motivos de espacio, no nos referiremos ahora.

Tasa de Ganancia a nivel global, sirvió si para dar un respiro a los capitalistas individuales que veían sus ganancias disminuidas en las otras esferas de sus inversiones. Así, sus efectos se limitaron más o menos, a un nivel local.

Finalmente, se hace necesario destacar la exagerada labor del Imperialismo en el caso chileno. Junto con descubrir nuevas dimensiones de las contra-tendencias echó mano de otras más: Hablamos del *Aumento de la intensidad de la explotación* y de la *Depresión de los salarios más abajo de su valor*. Lo anterior mediante la reinstalación de lo que Gabriel Salazar ha denominado “un sistema laboral de tipo peonal en el país”³².

6.- Una breve contextualización de la crisis financiera.

La exposición de todas las categorías ya comentadas tuvo como fin el explicar la dinámica del capitalismo, sin las cuales, resultaría imposible dar tratamiento a un tema que – como el lector podrá imaginar – supera por mucho a las pocas páginas que en este momento nos han ocupado. Sin embargo, nos interesa en este punto diagramar algunas líneas generales para la comprensión de la actual crisis económica.

De acuerdo con numerosas interpretaciones de la “pandemia” económica, el acento habría que ponerlo en el *sistema financiero* y así en la *irresponsabilidad, avaricia y codicia* de los agentes económicos, particularmente, de los bancos. Así las cosas, las soluciones estribarían en una regulación *responsable* de los mercados, en fuertes *desincentivos* a la infracción de dichas regulaciones y a la participación – para algunos excepcional y escuálida, para otros algo más permanente y robusta – del Estado en la economía.

Baste con posicionar algunas ideas para estos efectos: Los elementos con los que hemos intentado nutrir el análisis prescinden de argumentos *psicológicos* al explicar la dinámica de los últimos años y así, del movimiento que domina el capitalismo. Desde esta óptica, el ya archi-conocido problema del crédito, de las hipotecas basura y, en definitiva, de la “burbuja” inmobiliaria explica solo parte del problema. Ello, en tanto que no nos explica *por qué* determinadas entidades se vieron *obligadas* a prestar dinero a personas con alto riesgo y; aún más, no nos explica por qué estas personas en dicho período inclusive *augmentaron* su nivel de riesgo. La pérdida de empleos y la baja de salarios³³ resultan como imprescindibles al momento de analizar esta crisis, y son precisamente ellas las que muchas explicaciones pasan por alto. Éstas últimas se relacionan íntimamente con serios problemas, más de crecimiento que de crédito, problemas tratados de una forma brillante por el economista ALFREDO TORRADO³⁴ y que desembocan en la puesta del acento en la economía real.

7.- Crisis y oportunidades.

³² SALAZAR. op. cit. p. 155.

³³ Recordemos que una de las formas de “frenar” parcialmente la caída de la tasa de ganancia consistía en aumentar la tasa de plusvalía. Una de dichas formas, corresponde a la de disminuir los salarios de los trabajadores, como ya explicamos oportunamente.

³⁴ El economista en cuestión sigue la tradición marxista a la cual nosotros somos deudores. TORRADO, Alfredo: Algunos errores sobre la crisis. Revista Rebelión. <http://www3.rebellion.org/noticia.php?id=75231>

Una explicación también fundada en la economía real, pero alternativa a nuestra propia interpretación es la del economista chileno ORLANDO CAPUTO. Véase la exposición de sus ideas en "La crisis de la economía mundial". Análisis y perspectiva de Orlando Caputo. BELUCHE, Olmedo. En Generación 80. <http://www.g80.cl/noticias/entrevistacompleta.php?varbajada=4347>

Es por todo ello que estimamos que los antecedentes de la crisis deben buscarse en la economía real, y no solo en ella, sino en el mismo movimiento del capitalismo. Sería caer en espejismos explicar las crisis capitalistas como momentos de excepción en la economía, y no como una de sus partes constituyentes. Los elementos de análisis que hemos subrayado hasta el momento confluyen en insistir que ellas se producirán con o sin intervención del Estado, o con o sin la intervención de la *irresponsabilidad* de directores de bancos o de empresarios. En términos vulgares, el capitalismo es una *forma de hacer las cosas*. Todos, tanto burgueses como proletarios, están sujetos a esta misma forma de hacer las cosas y es precisamente ella la que desploma muchas veces la salud, la educación o el empleo. Si bien, todos vivimos en el capitalismo, *no todos lo vivimos de igual forma* y quienes sufren en primer lugar las consecuencias de las crisis son precisamente quienes no han tenido arte ni parte en su producción; los trabajadores.

Es necesario destacar también que la crisis de rentabilidad está dando pasos agigantados hoy por hoy. De acuerdo con Diario El Mercurio del 13 de Abril de este año, las ganancias de las empresas estadounidenses cayeron entre un 35 y 40% el primer trimestre del presente. Sobre si la crisis ha o no tocado fondo no es algo que nos toca a nosotros analizar en este momento ni menos decidir: Sin embargo, es necesario hacer notar, como hacen muchos autores marxistas, que la crisis de la sociedad capitalista no es solo económica: Es una crisis que comprende todas y cada una de las acepciones que a la expresión “social” se le pueden atribuir (delincuencia, drogadicción, etc); a lo que debemos agregar, por cierto, toda la problemática ecológica que hoy por hoy pareciera ser cada vez más importante. Si los momentos de crisis son momentos de oportunidades, pensemos en que de alguna manera, estas podrían estar de nuestro lado.

El Mundo Árabe en el capitalismo: la afinidad de las teologías

Por Mauricio Amar D.*

Desde el punto de vista del discurso dominante (en evidente declive) la modernidad occidental, ha significado durante muchos años, al menos tres siglos, la hegemonía política y cultural de potencias cuyo punto de encuentro es una supuesta cultura común con valores compartidos que posibilitaron un desarrollo político y económico desconocidos para otros sectores geográficos del planeta. La ilustración del siglo XVIII traía consigo la idea de un progreso indefinido que si bien fue puesto en tela de juicio por diversas corrientes de la modernidad, al parecer en lo que todas ellas confiaban era en un desarrollo técnico de la mano de una emancipación social. Como en algún momento planteó Habermas, la modernidad tiene una promesa incumplida respecto a la emancipación social, que nunca llegó realmente, y probablemente, como lo intuía Benjamin respecto al materialismo histórico, una de las metateorías modernas, pareciera que existe detrás de los grandes discursos una suerte de teología que muestra siempre la historia como un cúmulo de sucesos en los que hay una explicación concatenada y un futuro ya (com)prometido.

Ninguna promesa capaz de movilizar a tantos seres humanos en ideales como el progreso podría sustentarse en el aire. Para que la verdad sea instaurada y legitimada es necesario que se encuentre respaldada en instituciones que aparezcan como verdades anteriores a los seres humanos, los que están impedidos de acceder a estas sin iniciación y rito. De manera que la relación entre la modernidad y su etapa anterior, marcada por el dominio de la religión no está en la eliminación de la teología que nutre la comprensión del mundo, sino en los intereses sobre los cuales este se erige. Por supuesto, una de esas instituciones, quizás la más determinante, es la ciencia. Y dentro de lo que llamamos ciencia se ha desarrollado una innumerable derivación coherente con otro producto moderno que es la división creciente del trabajo, y, por supuesto, en la medida en que la modernidad triunfante ha sido aquella ligada al desarrollo capitalista, estamos hablando de trabajo asalariado, con la consiguiente alienación de los trabajadores respecto a su producción.

El capitalismo, por tanto, se ha levantado como una verdad teológica indiscutible, con una institucionalidad propia y omniabarcante en cuyo núcleo se encuentra un antiguo sacerdocio travestido en ciencia, que comúnmente, para efectos de tratar las aventuras del capital, llamamos economía. A ella es a la que los iniciados deben acceder y finalmente sólo unos pocos pueden participar realmente de las decisiones de la mal llamada economía política.

Si al inicio planteé esta cuestión como un discurso dominante occidental es porque, más allá de la necesidad imperiosa del capitalismo por expandirse hacia todas las fronteras, este representa fundamentalmente un proyecto hegemónico de Occidente que supone la existencia de una comunidad de valores que hacen posible la acción económica misma. El emprendedor, figura que nace con la burguesía europea, es una representación moderna que reemplaza al feligrés de la Edad Media, modelo de virtud, ideal a seguir para conquistar el cielo en la tierra. El emprendedor porta en sí características que la economía se encarga de predicar al resto de los desdichados que si no alcanzan a lograr

entrar al paraíso en realidad es porque no se corresponden con los ideales mandados por la institucionalidad. Trabajo, maximización del tiempo, información, etc. son reglas comunes del juego económico que sólo unos pocos privilegiados pueden cumplir. La diferencia fundamental con la teología medieval es que en el capitalismo no hay tiempo para ser contemplativo. Nadie se asegura el logro de su objetivo a través del ocio o la meditación. Ese emprendedor es occidental. Aquello no sólo implica un cierre de la comunidad en lo que respecta a supuestos valores que Occidente ha de poseer *per se*, sino también, como en cualquier creación de la idea de comunidad, la exclusión de ‘un otro’, que cobra existencia real en dos ámbitos, uno interno y el otro externo.

En el primer caso, dentro de las comunidades nacionales, siempre existen poseedores y no poseedores de los medios de producción, es decir, población que cumple con los requisitos para lograr el éxito y otros que siempre serán excluidos. No pretendería ignorar a quienes sin ser dueños de los medios de producción obtienen determinadas ventajas dentro del modo de producción. Por el contrario, las llamadas ‘clases medias’ que varían siempre y son difíciles de abarcar con un solo concepto, se encuentran también sometidas a la promesa del capitalismo y son el grupo más propenso a creer que el problema nunca es el sistema mismo, sino su ‘gestión’, precisamente porque cuando se les integra a la estructura productiva lo hacen desde la ‘gestión’. A todos los que participan de la sociedad occidental, sean o no poseedores de los medios de producción se les ha llamado a ser capitalistas y el logro o no logro de la meta (lo que es más frecuente) queda siempre en la responsabilidad individual.

El segundo ‘otro’ es el que no se encuentra dentro de los límites de los países que se adjudican el pertenecer a esa comunidad de valores occidentales, aquel al que en su rol hegemónico Occidente se adjudica el la tarea de representar. El llamado Oriente es parte de este mundo ajeno a la comunidad de valores y que, al expandirse el capitalismo más allá de Occidente, se vuelve necesario de ser integrado, pero ¿bajo qué parámetros? Idealmente, desde el punto de vista occidental, la integración de Oriente, lugar de las excolonias, es como periferia, es decir, como sitio desde el cuál salen las materias primas para la elaboración de productos cuya sofisticación requieren de la técnica y la división del trabajo en Occidente.

El neoliberalismo, modelo de pensamiento liberal que ha aparecido con fuerza tras los acuerdos de Bretton Woods de 1944 y el “Acuerdo Smithsonian” de 1971, renovó a las antiguas colonias dándoles un cariz distinto debido a su participación como lugares en los cuales se concentra la producción y la industrialización (como es el caso de China y del sudeste asiático) pero no la propiedad de los medios de producción ni el flujo de capitales derivados de ella. Tal cosa no ocurrió sin embargo con los países del llamado ‘Mundo Árabe’. Nadie podría identificar a esta región del mundo como productor de manufacturas de gran sofisticación, sino más bien como monoexportadores, ya sea de materias primas de relevancia mundial (como el petróleo al cuál nos referiremos luego) u otras que no tienen mayor significación, marcando a estos países en dos esferas, los ricos petroleros y los pobres. En este caso especial ni ricos ni pobres pueden denominarse desarrollados, porque esa categoría está destinada a quienes comparten algo más que la riqueza.

El Mundo Árabe petrolero es un lugar bastante especial, porque si bien no ingresa en ningún parámetro del *homus economicus*, o el emprendedor occidental, desde 1973 ha jugado un rol determinante en la política económica internacional. Desde comienzos de siglo XX el Mundo Árabe se había debatido entre distintas visiones acerca de la implicancia de la modernidad en la cultura islámica y el impacto del desarrollo del capitalismo en las relaciones sociales que ella sustentaba como ideales. De allí pudieron

surgir al menos cuatro visiones respecto cómo participar de un mundo absorbido por la hegemonía occidental. Para algunos el marxismo sirvió de interpretación de la realidad y optaron por una vía revolucionaria que se potenció con el fin del colonialismo militar y el inicio de la dependencia económica y la inspiración de procesos truncados como la liberación de Palestina y otros con mayor éxito como la revolución argelina.

Un segundo grupo se puede encontrar en aquellos que lideraron procesos nacionalistas de izquierda, como fue el caso de Egipto en los años 60's bajo el liderazgo de Jamal Abdel Nasser, de la Libia de Muammar Al Gaddafi, de la creación de los partidos Baaz en Siria e Iraq. La resistencia que estos países opusieron a Occidente ha sido significativa en términos políticos y económicos, pero la compleja relación que han mantenido con Estados Unidos, luego que este asumiera el rol de superpotencia ha ido debilitando su posibilidad de ser actores no dependientes. El fin de la era Nasser significó, por ejemplo, que Egipto se convirtiera en el principal aliado de Estados Unidos en la región, lo que implicó además firmar la paz con Israel. El partido Baaz iraquí, resistió hasta el derrocamiento de Saddam Hussein y por tanto la situación de este país dentro de la política internacional ha pasado a ser el símbolo de la ausencia de Estado de Derecho. A ello se sigue que la intervención militar de la gran potencia se ha permitido modificar *a piacere* su estructura de gobierno.

En tercer lugar se encuentran las monarquías islámicas que han aprovechado el petróleo como recurso para acumular capital y establecer sendas diferencias entre familias dueñas del petróleo (o inversionistas del negocio) y el resto de la población. Entre estos Estados podríamos mencionar a la mayoría de los que conforman el Hijaz: Arabia Saudita, Qatar, Bahrein, Emiratos Árabes Unidos, entre otros.

Finalmente, un cuarto sector, que podría identificar, es aquel conformado por las monarquías árabes cuya creación está ligada precisamente a los intereses de las potencias. El caso más paradigmático es Jordania, cuyo territorio fue seccionado del Mandato Británico sobre Palestina y cuya monarquía fue creada para una familia leal a los intereses de Occidente en la zona. Respecto a la lealtad a Occidente también podríamos incluir aquí a Marruecos que pasó recientemente a integrar la lista de países aliados preferenciales fuera de la OTAN con Estados Unidos, lugar que ya tenían Bahrein, Egipto, Jordania y Kuwait³⁵.

Estas agrupaciones de países se entremezclan en la medida en que los procesos sociales y políticos del Mundo Árabe han sido turbulentos como en cualquier otra región de la periferia económica. Lo que ha variado fundamentalmente ha sido la relación que se mantiene con Estados Unidos y Europa en una búsqueda por conciliar la normativa religiosa con el libre mercado. A propósito de esto habría que incluir un quinto grupo que entra al debate, que en gran medida se nutre de la discusión del siglo XX respecto a la compatibilidad entre normas culturales. Me refiero al Islam político que si bien no controla ningún Estado árabe de manera evidente, sí participa como actor político en casi todos ellos. Esta es la manifestación de resistencia más extrema en cuanto a mostrar al Islam como incompatible con los valores occidentales y por tanto también con el capitalismo.

En 1960 con la fundación de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) aparece una alternativa en Oriente Medio, que tiene que ver con la unificación de criterios respecto a un elemento como el petróleo, que muchos de ellos poseen, pero

³⁵ Ver Amnistía Internacional. URL disponible en: http://www.amnestyusa.org/annualreport_es.php?id=ar&yr=2005&c=MAR. Consultado el 8 de junio de 2009.

que se encontraba a disposición pasiva de la extracción de empresas transnacionales. La creación de la OPEP abrió un nuevo espacio que los Estados árabes no supieron aprovechar, o mejor dicho, aprovecharon una sola vez. Aquello fue en 1973 con la llamada “crisis del petróleo” en la que los Estados miembros de la OPEP acordaron no enviar más crudo a Estados Unidos y los Países Bajos, situación que provocó un aumento del precio de este con la consecuente inflación que duró hasta entrados los años 80’s. En esa ocasión se incluyó también un boicot contra Israel, lo que visibilizó en pleno desarrollo del neoliberalismo la reducción de la economía a las decisiones políticas.

Sin embargo, aquello fue la mayor demostración para Estados Unidos de que debía invadir definitivamente al Mundo Árabe y establecer relaciones de dependencia allí donde no pudiera encontrarse militarmente. La mayoría de los países aceptaron ser vasallos del capital norteamericano y pasaron a ser simples miembros de las periferias cuyos modelos de desarrollo admiten la necesidad del ‘chorreo’ desde Norteamérica. Aquello ha reforzado la idea de que la comunidad del capitalismo se cierra en Occidente, tal como cuando se creó, dado que quienes han conducido los procesos en el Mundo Árabe lo han hecho comúnmente bajo la forma de monarquías o autoritarismos poco dispuestos a distribuir las riquezas o a pensar en la articulación de intereses conjuntos.

La Guerra del Golfo Pérsico en 1991 y la invasión a Iraq en 2003 dejaron claro que la negativa de los Estados árabes en participar conjuntamente en la liberación de Palestina no sólo tenía que ver con una correlación de fuerzas entre Occidente y Oriente, sino al contrario, había una confluencia de intereses entre las potencias y las monarquías desmitificando que el capitalismo se moviera únicamente a través del un supuesto burgués emprendedor o en Estados ‘democráticos’. Mientras Iraq era invadido los países árabes ni siquiera pusieron en tela de juicio los tratados de libre comercio con la potencia y sólo se limitaron a desmarcarse del llamado ‘Eje del Mal’ que tanto vociferó la administración de George W. Bush.

La aparición del Mundo Árabe como protagonista del capitalismo contemporáneo ha sido un claro ejemplo de que este modo de producción se podía expandir bajo diversas formas y en ninguna de ellas son los ciudadanos los que se llevan la mejor parte. Pero lo interesante es ver cómo el capitalismo, con su propia teología es administrado por los regímenes árabes que deben estar constantemente negando su incompatibilidad con la religión. Para Occidente y el discurso orientalista, el fracaso del capitalismo árabe no es otra cosa que la manifestación misma de su subdesarrollo intrínseco y de sus incapacidades obvias, de su tribalismo poco ciudadano y de la barbarie a la que siempre han pertenecido.

El cierre de la comunidad occidental sobre parámetros cada vez más rígidos (al estilo de Samuel Huntington) avizora al Islam siempre como un peligro cultural, pero ¿es la cultura la que se encuentra en juego?, ¿o más bien el peligro que representa el Islam tiene que ver con que Occidente no está dispuesto a admitir otra teología en su seno? Barack Obama, flamante presidente de Estados Unidos, pareciera ser conciente de este dilema (aunque probablemente no lo es). Ha visitado recientemente El Cairo para enunciar un discurso cuyo gesto fundamental es la negación de un conflicto entre Estados Unidos y el Islam. No entre Estados Unidos y un Estado árabe particular. Si Estados Unidos ha sido durante décadas el símbolo del capitalismo neoliberal, lo de Obama es bastante literal: está diciendo que capitalismo e Islam son compatibles, salvo por lo que digan los “extremistas”, que los valores en que se sustenta el capitalismo no son contrarios a la religiosidad y por tanto practicables por los musulmanes.

No hay capitalismo sin una historia que lo legitime, sin una causa y efecto que lo haga parecer ‘natural’ a los ojos de los ciudadanos y sin una promesa de prosperidad que hasta ahora ha tardado demasiado. En Occidente el triunfo del capitalismo fue volverse una teología en sí mismo, siendo aquello lo que precisamente le da el cariz al Occidente moderno. En Oriente, en cambio (y siempre estoy hablando sobre estereotipos creados por esta misma hegemonía occidental) el capitalismo ha asumido una tarea de dimensiones gigantes, inventar todo un mito que estreche para siempre los elementos fundantes del capitalismo con la religión islámica. En ello se encuentran comprometidos los propios líderes árabes.

*Mauricio Amar D. es Sociólogo de la Universidad de Chile, Magíster (c) de la Universidad de Chile, Diplomado en Cultura Árabe e Islámica de la Universidad de Chile.

Revista Hoja de Ruta 2009 - Todos los derechos reservados

www.hojaderuta.org